

ocho y leo el *Boyardo* durante el almuerzo. Mi cuarto está adornado con naranjos y estatuas de mármol. Jamás veo estatuas sin pensar en la pobre Mignon.

*Und Marmorbilder stehn und sehn mich an:
Was hat man dir, du armes Kind gethan?*

No conozco otros dos versos en el mundo de los que yo quisiera haber sido autor, que éstos. Fui á un *Gabinetto Litterario* inmediato á suscribirme para leer los últimos periódicos ingleses. Crucé el río y me paseé por algunas de las salas del palacio Pitti; gran admiración me produjo un Ezequiel pintado por Rafael, que es tan bello, que casi me reconcilié con la profanación de haber visto al Dios Padre sobre lienzo.

Después á la iglesia de Santa Croce: un exterior medianamente feo y no mucho más que admirar en su arquitectura interior, pero consagrada por el polvo de algunos de los hombres más grandes que han vivido jamás. Fué para mí lo que puede ser para un norteamericano la primera visita á la abadía de Westminster. La primera tumba que hirió mi vista al entrar fué la de Miguel Angel. Me impresionó mucho, pero fué mayor mi impresión cuando, siguiendo adelante, llegué al majestuoso monumento erigido hace poco al Dante. La figura del poeta me pareció bella y hermosamente colocada y muy bien elegida la inscripción, que consiste en sus propias palabras, la proclamación que publica por aquellas sombras, cuando vuelve Virgilio,

Onerate l'altissimo poeta.

Las dos figuras alegóricas no son tan de mi gusto, pues encuentro sobre todo absurdo representar la

poesía llorando por el Dante. Estas figuras llorando, están todas muy bien sobre una tumba erigida á una persona recientemente fallecida; pero colocadas sobre el sepulcro de un hombre que murió hace más de quinientos años no produce sensación. ¿Quién podría contener la risa, pensando que no se han enjugado todavía las lágrimas de dolor vertidas por la muerte de un hombre que nació en tiempos de nuestro Enrique III? Sin embargo, estuve próximo á derramar lágrimas de una naturaleza diferente, viendo este magnífico monumento, al recordar, por una parte, el sufrimiento del gran poeta, y su genio incomparable, con todo el placer que me ha producido, y por otra, su muerte en el destierro y la tardía justicia que le ha hecho la posteridad. Creo que pocas gentes han tenido jamás su espíritu más completamente penetrado del de alguna gran obra, que lo está el mío por el de la *Divina Comedia*. Considero que la ejecución de esta obra está muy por encima de la de cualquier otro artista que haya influido sobre la imaginación por medio de la palabra.

*O degli altri poeti onore e lume,
Vagliami il lungo studio e'l grande amore
Che m'han fatto cercar lo tuo volume.*

Yo estaba orgulloso, pensando que tenía derecho para apostrofarle así. Seguí caminando, y á continuación llegué á la tumba de Alfieri, erigida por su querida, la condesa de Albany. Pasé adelante, y al minuto siguiente me hallé ante la de Maquiavelo.

7 de Noviembre. — Corriendo todavía por la ciudad y hojeando un pequeño libro de Misa, leo por la primera vez de mi vida — por extraño y casi vergonzoso que

pueda parecer—el servicio de la Misa desde el principio al fin. Me parece inferior á nuestro servicio de Comunión en un punto muy importante. La fraseología cristiana tiene en latín un aire bárbaro, á causa de ser por completo posterior á la edad del latín puro y clásico; mientras que el idioma inglés se ha desarrollado en tiempos cristianos, y todo el vocabulario de esta religión se ha incorporado á este idioma con facilidad. El bello pasaje del servicio de la Comunión: «Por tanto, con ángeles y arcángeles y toda la compañía de las alturas», es inglés del mejor y una descripción exacta; mientras que el pasaje correspondiente en la Misa, no sólo es enteramente bárbaro, sino que además sería por completo ininteligible—una mera jerigonza—para cualquiera de los grandes maestros de la lengua latina, Plauto, Cicerón, César y Catulo; y dudo si aun Claudio podría entenderlo. Me propongo frecuentar el culto romano hasta que entienda completamente su ceremonial.

Florenca, 4 de Noviembre de 1838.

Querido Napier: He llegado aquí antes de ayer con muy buena salud, después de un viaje de tres semanas desde Londres. Me parece que me será absolutamente imposible revisar la edición de Panizzi del *Boyardo* en el tiempo que resta hasta el número inmediato de su Revista de usted. No he sido capaz de leer una mitad del poema, y con respecto á lo que yo propongo, debía leer además el rifacimento de Berni, así como el *Morgante* de Pulci, y aún temería estar completamente fuera de la cuestión. El día no es bastante largo para lo que debo hacer durante él; y si esto me pasa en Flo-

rencia, estoy seguro que en Roma tendré aún menos espacio. Con todo, mi intención es estar en Inglaterra en Febrero, y desde el día que llegue á Londres, quiero comenzar el trabajo sobre lord Clive, que he prometido.

Tengo pocas noticias de Inglaterra. Robo un cuarto de hora al día á los mármoles y altares para leer el *Times* y el *Morning Chronicle*. Lord Brougham, según mis noticias, desea dar á conocer que ha dejado solo á lord Durham; y éste quisiera ir á la Cámara de los Lores con su espíritu belicoso y alta reputación entre los radicales. No cabe comparación posible entre las habilidades oratorias de los hombres; pero lord Durham tiene talento bastante para poner en graves apuros á lord Brougham, y mucha más acrimonia y nervio que este mismo. Deseo conocer cuál es la opinión general sobre esta materia. Sospecho que los tories perderán reputación en la Cámara de los Lores, aunque yo no imagino que con esto gane nada el gobierno. Brougham ha llegado á aquella situación feliz, en que le es igualmente imposible ganar que perder.

Siempre, querido Napier, de usted muy de veras,

T. B. MACAULAY.

Realmente, muy poca reputación podía ganarse entonces en los negocios públicos. Ningún otro episodio hay en nuestra historia política tan lleno de advertencias y consejos para los hombres públicos honrados y de espíritu que sirviendo á su país olvidan lo que deben á sus propios intereses y seguridad, como la historia de lord Durham. Aceptó el gobierno del Canadá durante una crisis suprema en los negocios de la Colonia, llevando allá la confianza de sus conciudadanos,

confianza adquirida por su valiente comportamiento en la lucha del Parlamento, por haber aceptado con aquella misión la mayor responsabilidad rehusando hasta el más pequeño emolumento, y sobre todo por el llamamiento que, antes de dejar á Inglaterra, hizo en la Cámara de los Lores á amigos y enemigos juntamente. «Conozco — dijo — que sólo podré llevar á cabo mi obra merced á un apoyo cordial y enérgico, apoyo que estoy seguro de obtener de mis nobles amigos los miembros del gabinete de Su Majestad; á la cooperación del Parlamento imperial, y también, permítaseme decirlo, á la generosa indulgencia de los nobles lores de la oposición, de quienes he sido siempre adversario político.» Sin embargo, de sus adversarios políticos obtuvo, en lugar de una generosa indulgencia, la persecución mas constante; y en cuanto al carácter del auxilio que le prestaron aquellos ministros que le habían puesto al frente de la batalla, es más conveniente dejar que den noticia de él los historiadores tories. El comportamiento de lord Brougham con su antiguo compañero de justicia, está fielmente pintado en las líneas finales de la última carta de Macaulay, que se equivocó en creer que lord Durham llamaría á sus enemigos á dar cuentas, y menos aún á sus amigos. Vió destrozado su corazón, pero no se apartó nunca de los suyos; su lengua, que nunca se había abstenido de decir la verdad, guardaba silencio cuando lo exigían las pasadas alianzas y la memoria de los amigos antiguos. Durante el resto de su vida lord Durham continuó prestando su apoyo al gabinete Wigh, con toda la lealtad y modestia de un joven par que se halla animado con la esperanza de conseguir una secretaria inferior, ó la gratitud por haber sido elegido para apoyar la contestación al mensaje. Reci-

bió, por último, el duro golpe de ser retirado á la vida privada; y aquella administración, tanto tiempo trémula y agonizante, sobrevivió muchos meses al más fiel adepto y de naturaleza superior entre aquel grupo de hombres de Estado, que trabajó para traer á nuestro pueblo el gran acontecimiento libertador de 1832.

Viernes 9 de Noviembre.

Voy «al bel San Giovanni» del Dante y oigo misa allí, y enseguida á otra iglesia, donde oigo otra misa; ya comienzo á poder seguir el servicio divino como todos los demás oyentes, que no es mucho hacer. Hago una tercera visita á Santa Croce, y veo en el claustro un monumento funerario á un niño, «il piú bel bambino che mai fosse», inscripción no muy prudente para puesta por los padres, pero que, sin embargo, trae las lágrimas á mis ojos, porque me recuerda aquel otro pequeño ser que yace en el cementerio de Calcuta (1), pensé algunos versos para mi composición el *Rómulo* (2); pero solamente una estancia quedó á mi satisfacción. He concluido de leer *Julio III de Casti*, y me ha gustado menos de lo que yo esperaba. La particularidad del trabajo está en la repetición final. Es una experiencia muy peligrosa intentar hacer gracia con lo que es causa de un gran fastidio, machacando perpetuamente sobre el mismo asunto. Sir Walter Scot era muy apasionado de este recurso para excitar la risa; como atestiguan lady Margarita y su Sagrada Majestad, Claudio Halero y el Glorioso Juan, sir Du-

(1) Una sobrina pequeña que murió en 1837, tres meses antes.

(2) Poema que se publicó con el título «La profecía de Capys».

gald Dalgetty y el Mariscal Colegio de Aberdeen; el Bailio y su padre el diácono, el viejo Trapbois y «Por una consideración». Creo que quizá de once veces que se use este recurso, las diez no da resultado.

Sábado 10 de Noviembre de 1838.

Recibo una carta de Mr. Aubin, maestro encargado de negocios aquí, diciéndome que tiene mensajes confidenciales para mí y preguntando cuándo podrá venir. Estoy en la cama, y le envío recado diciéndole que iré á verle tan pronto como haya almorzado. Sospecho que los ministros necesitan mi auxilio en el Parlamento. Voy á su casa, y me entrega dos cartas, una de lord Melbourne y la otra de Rice. En ellas se me da prisa para que me haga juez togado, asegurando que se me puede procurar un asiento en el Parlamento con muy poco gasto. Rice insiste mucho sobre el salario, que dice es de 2.500 libras al año; yo creo que es algo más bajo, pero él lo sabe mejor. Me habla también de otras ventajas que lleva consigo aquel cargo, asegurando que no me incita á aceptarlo para molestarme ni aprovecharse de mí en él. Yo no tengo necesidad del dinero; tengo poco, pero me basta. El uso del «Muy Honorable» delante de mi nombre es una nimiedad que realmente está lejos, pero muy lejos de seducirme. La influencia tampoco me arrastra; pues como miembro independiente del Parlamento puedo tener infinitamente más poder. Puedo ahora escribir sobre asuntos de mi propia elección, y lo que escribo así produce un efecto considerable sobre el público inteligente, mientras que el empleado necesariamente tiene muy coartada su libertad. Si es verdad que en un empleo del gabinete podría hacer

algo en el sentido de desarrollar mis puntos de vista propios acerca del gobierno, pero un funcionario público, aunque esté en el gabinete, es un mero esclavo, y mis sentimientos son muy opuestos á la esclavitud. Aunque difícilmente, sé dónde proporcionarme un pedazo de pan; mi espíritu se subleva contra la intolerable servidumbre. Fui sedicioso y por esto me resigno actualmente. Entonces fui á la India á ganar los medios para tener alguna independencia; los he ganado y quiero conservarla. En este sentido he escrito á lord Melbourne y á Rice. Les digo, además, que deseo vivamente hacer algo por servirles en el Parlamento, pero que en cuanto al empleo, excepto alguno de alto rango, al que no abrigo pretensiones, no tiene para mí el más pequeño encanto; que la situación de subordinado no se aviene con mi carácter, que ya he ensayado, hallándola insoportable, y no quiero jamás volver á hacer la experiencia de nuevo. Les ruego no imaginen que considero inferior á mí un puesto que Mackintosh había anhelado obtener para mí; muy lejos de eso, le conceptúo muy superior al precio de mis servicios, pero muy inferior al precio ideal que mi inteligencia señala á mi libertad y mis estudios. La única cosa que quiero aún intentar mediante mi libertad y mis estudios, es el poder de hacer grandes cosas, y que este poder, como ellos conocen muy bien, nadie lo tiene en más pequeña cantidad que un empleado, aunque sea del gabinete.

Jamás he tomado una resolución importante en mi vida, confiando demasiado en mi propio juicio, ó con el firme convencimiento de hacerlo más conveniente para mi felicidad, honra ó provecho. No tengo arrepentimiento. Si ellos me toman mi palabra y contribuyen á llevarme al Parlamento sin empleo alguno,

estaré, yo lo espero, es la mejor de las situaciones, «pero esto no lo creo».

El 12 de Noviembre salió Macaulay de Florencia por el camino de Cortona y Perugia.

Martes 13 de Noviembre.—El camino que sigo se extiende por el campo de Trasimeno, y así que sale el sol leo la descripción que del lugar hace Levy, y conozco que ha seguido demasiado á Polibio, lo cual importa poco, y para lo que yo puedo ver absolutamente nada. Se halla este país en el mismo estado que en tiempo del cónsul Flaminius, completamente oculto por la niebla de la mañana. No distingo el lago hasta que estoy encima de él, y entonces mi vista se extiende sobre unas cuantas jardas de un cañaveral fangoso y agua muy somera, de tal modo, que puedo decir con verdad que lo he visto precisamente como lo vió el ejército romano en aquel día. Después de algún tiempo comenzamos á subir, llegando al fin, con el auxilio de bueyes, á una eminencia sobre la que resplandece el sol con todo su brillo. Todas las cumbres de las colinas de alrededor están perfectamente iluminadas y la niebla yace por debajo en el valle semejante á un lago rodeando montañas. Entonces comprendí la ventaja de Annibal de tener sus tropas en las alturas, desde donde podía verlo todo, mientras que los romanos marchaban á tropezones y á tientas, sin posibilidad de concertarse á través de la espesa niebla inferior. Hacia el anochecer comienzo á ver los bueyes blancos de Clitunnas.

14 de Noviembre.—Se ha pasado medio día, y el sol triunfa al fin de la niebla cuando llego á Nami. El paisaje es realmente glorioso; el lejos mas fino que el de Matlock ó de Wye, participando algo de su estilo. La línea pálida del río que corre por abajo,

aunque por sí mismo no sea agradable, es interesante por los recuerdos clásicos. Pensé cuán felizmente ha pintado Virgilio las formas características de la tierra italiana. Ya avanzado el día vi por primera vez el Tíber y el Monte Soraste y de igual modo que á lord Byron, el recuerdo de Horacio me hizo amar aquellos lugares. Y al llegar á Civita Castellana determiné detenerme, aunque no fuesen mucho más de las dos de la tarde, porque no quería entrar en Roma de noche. Tenía necesidad de ver desde lejos la cúpula de San Pedro y á la ciudad, destacándose por grados.

15 de Noviembre.—Apenas llegado esta mañana á Roma me dirigí desde la puerta del hotel á San Pedro. Estaba tan excitado con la espectación de lo que iba á ver, que no me ocupé de nada; me hallaba muy nervioso. La columnata del frente es grandiosa, pero muy grandiosa, y con todo, me dejó un poco frío; yo quisiera que hubiese sido tal como uno puede imaginarse el pórtico del Paraíso. Penetré en el interior y durante unos minutos estuve aturdido de placer por sumagnificencia y armonía. En mi vida pienso ver y jamás creo yo pueda verse nada tan asombrosamente bello. Anduve errante por allí una hora ó más sin prestar gran atención á los detalles, pero gozando del efecto de aquel sublime conjunto.

Vagando otra vez por la Plaza de España me encontré ante el pórtico del Panteón. Me impresionó como no me ha impresionado ninguna otra construcción en Roma. Aquella era obra de la edad de Augusto; trabajo de los hombres que vivieron con Cicerón y César, Horacio y Virgilio. ¿Qué dirían si vieran á la entrada la tablilla con el «Invito Sacro é Indulgenza perpetua»?

16 de Noviembre.—Tan pronto como amanece mar-